



Mensaje del 25 de diciembre de 2013 en Medjugorje, Bosnia-Herzegovina



Queridos hijos! Les traigo al Rey de la Paz, para que Él les dé su paz. Ustedes, hijitos, oren, oren, oren. El fruto de la oración se podrá ver en los rostros de las personas que se han decidido por Dios y su Reino. Yo, con mi Hijo Jesús, los bendigo a todos con la bendición de la paz. ¡Gracias por haber respondido a mi llamado!

R E F L E X I O N

1.-Después del saludo, tan usual y repetido en todos los encuentros, (que no por eso deja de ser más sorprendente), la Madre nos presenta, nos ofrece, nos da a su propio Hijo. Yo me imagino la noche del nacimiento del Niño, cuando llegaron los pastores, cómo se irían turnando en tomar en sus brazos al recién nacido. Cómo, aunque sus conocimientos bíblicos no fueran muchos, (sabemos que se dedicaban al pastoreo, los hombres que no tenían profesión alguna), sin embargo, que habrían oído muchas veces a sus padres y a sus abuelos hablar del Salvador, del Mesías, del prometido en el Paraíso. Cada uno pediría por su pueblo, Israel, (sometido al imperio Romano), por su liberación. El Rey de la Paz, quiere darnos ese regalo, ese don, que se perdió desde que el hombre se enfrentó a su Creador, desde que el hombre pecó. De sobra sabemos que el pecado y la paz, son dos realidades

diametralmente opuestas. La Paz es fruto del amor, el pecado es consecuencia de la falta de amor. El pecado es ruptura con Dios,

ruptura con el prójimo, ruptura con la creación y ruptura consigo mismo. Cuando pecamos, nos creemos dioses, nos creemos superiores a nuestro hacedor; es decirle a Dios: “No te necesito.”

Es como si el niño en el vientre de su madre le dijera, rompo contigo, corto el cordón umbilical que me une a ti; esa postura sería suicida, ya que sin la madre no puede existir. Eso hacemos cuando pecamos, queremos hacernos independientes ;esa es la triste realidad de la Humanidad! Un hombre sin Dios, no es hombre, es un cadáver que deambula, como hemos dicho alguna vez, citando al Papa Pío XII.

Hay un adagio latino, que traducido al castellano, viene a decir: “Si quieres la paz, haz la guerra”. Aquí la guerra se sobreentiende como la lucha, la batalla contra los tres enemigos del alma: Mundo, demonio y carne, como no enseñaba el catecismo cuando éramos niños. Es un bombardeo continuo el que recibimos por parte de esas terribles potencias. La fuerza que tiene el mundo, no como obra de Dios, que lo hizo todo bien. Se entiende el grupo cada vez más numeroso, de cómplices del maligno, de aliados suyos, que por todos los medios: prensa, radio televisión, palabras y obras, van minando los cimientos de las familias, de la enseñanza en los colegios, de los que escalan puestos de responsabilidad, para desde sus y tronos pontificar imponiendo leyes contra la ley de Dios, leyes contra la más elemental dignidad de la persona, etc.etc.

El demonio, que ha logrado pasar desapercibido, haciéndonos creer que nunca ha existido, que su existencia ha sido un invento de la Iglesia católica, ha sido un argumento esgrimido por los clérigos para asustar y someter al pueblo. Cualquier cristiano que conozca

medianamente la Biblia, verá cómo actúa, cómo Jesús nos habla de él, cómo San Pedro nos advierte de que nos está rondando como fiera que

busca a quien devorar, que le resistamos firmes en la fe.

El demonio como nos lo explican los exorcistas actúa de varias formas, sobre todo, como posesión, obsesión, vejación e infestación. No es éste el lugar, ni el tiempo me favorece, para hablar de este tema. Todos los ángeles que en su día se rebelaron contra Dios siguiendo a Luzbel con la consigna: “No le serviré”, quedaron convertidos en tizones del Infierno, creado en ese momento para ellos. Esos ángeles que eran como si dijéramos los ministros de Dios, los más cercanos a Dios, ese espejo en que se miraba...siguen teniendo el mismo poder que tenían cuando seguían y servían a Dios, pero hoy ese poder lo utilizan para robarle las almas a Dios, con mentiras y engaños, con las mismas tentaciones que tentaron a Jesús en la montaña de la cuarentena.

La propia naturaleza. Sabemos por la revelación, que por el pecado de nuestros primeros padres, nacemos desheredados de los dones preternaturales, de los dones sobrenaturales, y los naturales quedaron dañados. De ahí esa lucha de la que nos habla San Pablo entre la carne y el espíritu, entre el alma y el cuerpo, entre el bien y el mal. El mismo apóstol de las gentes nos dirá, que a veces no hace lo que quiere, y hace lo que no quiere.

Esa paz, nos dice la Virgen es un don de Dios, pero al mismo tiempo es nuestra obligación poner los medios, luchando con las armas espirituales, para no caer en el pecado y así conservar la paz. La Madre de Dios, nos recomienda de una manera especial, que para contribuir a esa Paz que trae su Hijo, es necesario orar mucho y hacerlo, no tanto con los labios, cuanto con el corazón. Y orar con el corazón, como todos sabemos, es orar con amor.

Y finaliza el mensaje del día 25 con la afirmación de la Virgen María, que nos expresa que con la oración esa paz, se manifiesta, se comunica

con la serenidad y tranquilidad del rostro. Como diría Jesús en el Evangelio lo que se lleva en el corazón se refleja en el exterior. Y para que nos sea más fácil conseguir y conservar esa paz, Ella juntamente con su Hijo, nos bendicen con la bendición de la paz maternal.

Que la Madre de Jesús hecho niño, que le cubrió con sus manos amorosas y un corazón ardiente, nos adopte a nosotros como hermanitos de su Hijo, y nos cuide como le cuida a Él.

Felices fiestas y un Nuevo año, lleno de bendiciones del cielo y de ansias de ser santos.

P. Manuel Hernández Morales